

—No, espere—respondió Hulot,—veré al mariscal y enviaré á mi hermano á sondar el terreno.

Fácil es comprender el humor que llevaría á casa de la señora Marneffe el barón, el cual había olvidado casi que era padre, pues Roger le había dado pruebas de amistad instruyéndole acerca de su posición. Sin embargo, era tal la influencia que ejercía sobre él Valeria, que á la mitad de la comida el barón se puso al unísono y dió pruebas de una alegría tanto mayor, cuanto que eran muchas las preocupaciones que tenía que olvidar; pero el desgraciado no sospechaba que durante aquella tarde iba á hallarse en la alternativa de su dicha y el peligro señalado por el jefe del personal, es decir, obligado á optar entre la señora Marneffe y su posición.

CAPÍTULO XXV

Resumen de la historia de las favoritas

A eso de las once, en el momento en que la velada llegaba á su apogeo de animación, pues el salón estaba lleno de gente, Valeria se llevó á Héctor consigo y se sentó con él en el rincón de un diván.

—Viejo mío—le dijo al oído,—tu hija se ha irritado tanto porque Wenceslao viene aquí, que lo ha plantado. Esa Hortensia es una mala cabeza. Dile á Wenceslao que te enseñe la carta que le ha escrito esa tontuela. Esta separación de dos enamorados, de la cual dicen que soy yo la causa, puede hacerme mucho daño, pues este es el modo que emplean las mujeres virtuosas para atacarse. Eso de hacerse la víctima para criticar á una mujer que no ha cometido más culpas que tener una casa agradable, es un escándalo. Si tú me quieres, me disculparás reconciliando á los dos tortolillos. Por otra parte, yo no tengo interés alguno en recibir á tu yerno, pues ya sabes que eres tú el que lo has traído. Si tienes autoridad en tu familia, me parece que bien puedes exigirle á tu mujer que haga esta reconciliación. Dile de mi parte á esa buena vieja, que si me echaron injustamente la culpa de haber sembrado la discordia en ese matrimonio y turbar la unión de una familia echando á la vez á perder al padre y al yerno, yo me defenderé y haré lo que pueda para molestar-

los. ¿No ves á Isabel que hubo ya de dejarme? Me prefiere á su familia y yo no quiero que la critiquen. Acaba de decirme que si los jóvenes no se reconcilian, ella no se queda aquí. Y entonces sí que estaríamos bien, el gasto triplicado.

—¡Oh! respecto á eso, no temas. Yo pondré orden en mi casa—dijo el barón al saber el escándalo de su hija.

—Bueno,—repuso Valeria—á otra cosa. ¿Y la plaza de Coquet?

—Eso es más difícil, por no decir imposible—respondió Héctor bajando los ojos.

—¡Imposible! mi querido Héctor—dijo la señora Marneffe al oído al barón.—Tú no sabes cómo se va á poner Marneffe. Yo estoy en su poder, y él en cosas de interés es inmoral como todos los hombres, es vengativo como todos los espíritus raquíticos é impotentes. En la situación en que me has puesto, estoy á su discreción, y si me reconcilio con él dentro de algunos días es capaz de no dejar mi cuarto. Me dejaba tranquila con la condición de ser jefe de negociado. Esto es infame, pero es lógico.

—Valeria ¿me amas?

—Querido mío, esa pregunta, en el estado en que me encuentro, es una injusticia de lacayo.

—Mira, si yo quisiera intentar, nada más que intentar, pedir una plaza al mariscal para Marneffe, como que no soy ya nada para él, Marneffe sería destituido.

—¡Pero yo creía que el príncipe y tú erais amigos íntimos!

—Sí, y así me lo ha probado más de una vez. Pero, hija mía, por encima del mariscal hay algo, está todo el consejo de ministros... Con un poco de tiempo, ya lo lograremos. Hay que esperar el momento en que él me pida algún favor, y entonces yo podré decirle: toma y daca.

—Mi pobre Héctor, si yo le digo eso á Marneffe, nos jugará alguna mala pasada; así es que dile tú mismo que tiene que esperar, porque yo no quiero encargarme. ¡Oh! yo conozco mi suerte, y él, que sabe cómo castigarme, no querrá dejar mi cuarto. ¡Ah! no olvides los mil doscientos francos de renta para el pequeño.

Al sentirse amenazado en su placer, Hulot llamó aparte al señor Marneffe, y le asustaba tanto la perspectiva de aquel agonizante en el cuarto de aquella mujer bonita, que por primera vez abandonó el tono altanero que acostumbraba á emplear con él.

—Marneffe, amigo mío—le dijo,—hoy hemos tratado de usted y he podido ver que sólo con el tiempo podré lograr que sea usted jefe de negociado.

—Señor barón, lo seré—replicó terminantemente Marneffe.

—Pero, querido mío...

—Señor barón, lo seré—repitió Marneffe mirando alternativamente al barón y á Valeria.—Usted ha puesto á mi mujer en la necesidad de reconciliarse conmigo, y ahora yo me aprovecho, porque, querido mío, está encantadora—añadió con espantosa ironía.—Yo soy aquí más amo que usted en el ministerio.

El barón sintió en su interior un dolor inmenso y estuvo á punto de dejar ver que lloraba. Durante aquella corta escena, Valeria notificó á Enrique Montes la pretendida voluntad de Marneffe y se desembarazaba así de él por algún tiempo.

De los cuatro fieles, Crevel fué el unico exceptuado de esta medida, así es que dejaba ver en su fisonomía un aire de beatitud insolente, á pesar de las reprimendas que le dirigía Valeria por medio de fruncidos de cejas y significativas muecas; pero la radiante paternidad de Crevel se reflejaba en todas sus acciones. A una palabra de reproche que Valeria fué á decirle al oído, el ex perfumista le cogió la mano y le dijo:

—Duquesa mía, mañana tendrás tu palacio, mañana es la adjudicación definitiva.

—¿Y el mobiliario?—respondió ella sonriéndose.

—Tengo mil acciones de Versalles compradas á ciento veintitún francos, y muy pronto se pondrán á trescientos; así es que tendrás un mobiliario como una reina; pero serás únicamente mía, ¿verdad?

—Sí—le respondió sonriéndose.

—Mi querido primo—le dijo Isabel al barón,—mañana temprano estaré en casa de Adelina, porque ya comprenderá usted que decentemente yo no puedo permanecer aquí. Iré á llevarla á casa de su hermano el mariscal.

—Esta noche, yo iré á mi casa—dijo el barón.

—Bueno, yo iré mañana á almorzar—respondió Isabel sonriendo.

La solterona comprendió cuán necesaria sería su presencia en la escena de familia que tendría lugar al día siguiente,

y muy de mañana se fué á casa de Victorino á comunicarle la separación de Hortensia y de Wenceslao.

Cuando el barón entró en su casa, á eso de las diez y media de la noche, Marieta y Luisa, que habían trabajado mucho aquel día, cerraban la puerta de la casa, de modo que Hulot no tuvo necesidad de llamar. El marido, muy contrariado de ser virtuoso, se encaminó directamente al cuarto de su mujer, y, por la puerta entreabierta, la vió prosternada ante un crucifijo, sumida en la oración, en una de esas actitudes que bastan para labrar la gloria de los pintores y de los escultores bastante afortunados para reproducirlas con fidelidad. Adelina, embriagada por la exaltación, decía en voz alta, rogando á Dios por su Héctor:

—¡Dios mío! haznos la gracia de iluminarle.

Al ver este espectáculo tan diferente del que acababa de dejar, y al oír esta frase dictada por el acontecimiento de aquel día, el barón enternecido dejó escapar un suspiro. Adelina se volvió con el rostro cubierto de lágrimas y creyó tan ciegamente que había sido escuchada por Dios, que dió un salto y se abrazó á él con rabiosa fuerza. Adelina se había despojado de todo interés de mujer, y sólo estaba animada por su amor de madre y por el afecto puro de una esposa cristiana hacia su marido. Todo esto se adivinaba.

—¡Héctor!—le dijo ella al fin.—¿Volverás otra vez á nuestro lado? ¿Se habrá apiadado Dios de nuestra familia?

—Querida Adelina—repuso el barón entrando y sentando á su mujer en un sofá á su lado;—eres la criatura más santa que conozco, y hace mucho tiempo que no me considero ya digno de ti.

—Amigo mío, ¡qué poco, qué poco tendrías que hacer para restablecer el orden!—dijo ella tomando la mano de Héctor y temblando de tal modo, que parecía atacada de perlesía.

La esposa no se atrevió á proseguir, comprendió que cada palabra sería una crítica, y no quería turbar la dicha que aquella entrevista le causaba.

—Hortensia me trae aquí—repuso Hulot.—Esa muchacha puede hacernos tanto daño con su precipitado paso, como daño nos ha hecho mi absurda pasión por Valeria. Pero mañana por la mañana hablaremos de todo esto, porque según me ha dicho Marieta, Hortensia está durmiendo y debemos dejarla tranquila.

—Sí—dijo la señora Hulot, embargada de pronto por pro-

funda tristeza, porque comprendía que lo que llevaba al barón á su casa no era el deseo de ver á su familia, sino alguna otra cosa ajena á ésta;—pero dejémosla también tranquila mañana, porque la desgraciada muchacha se encuentra en una situación deplorable, se ha pasado el día llorando—dijo la baronesa.

Al día siguiente, á las nueve de la mañana, el barón esperando á su hija, á quien le había mandado recado de que deseaba verla, se paseaba por el inmenso salón, buscando razones para vencer la testarudez más difícil de domar, la de una joven ofendida é implacable que no conoce las vergonzosas conveniencias del mundo, porque ignora sus pasiones y sus intereses.

—Aquí me tienes, papá—dijo con voz temblorosa Hortensia, pálida aún á causa del disgusto de la víspera.

Hulot, sentado en una silla, tomó á su hija por el talle y la obligó á que se sentara en sus rodillas.

—Vamos á ver, hija mía—dijo besándola en la frente.—¿Ha habido tormenta y hemos hecho una calaverada? Esto no es propio de una muchacha bien educada. Mi Hortensia no debía tomar una decisión por sí sola, como la de abandonar su casa y á su marido sin consultar á sus padres. Si mi querida Hortensia hubiese venido á ver á su buena y excelente madre, no me habría causado el disgusto que ahora siento. Tú no sabes lo malvado que es el mundo. Habrá quien dirá que ha sido tu marido quien te echó de casa. Las niñas criadas como tú en el regazo materno no dejan de ser niñas tan pronto como las demás, y no conocen la vida. Desgraciadamente la pasión sencilla y única, la que tú sientes por Wenceslao, no calcula y se deja llevar por sus primeros impulsos. El corazón se indigna y la cabeza le sigue, y para vengaros seriais capaces de pegar fuego á París sin fijaros en las consecuencias. Cuando tu anciano padre viene á decirte que no has respetado las conveniencias sociales, puedes creerle, y aun no te hablo del profundo dolor que me has causado, que es muy amargo, pues haces recaer la crítica sobre una mujer cuyo corazón no conoces y cuya enemistad puede llegar á ser terrible. ¡Ay de mí! tú, tan llena de candor, de inocencia y de pureza, no sospechas nada, no sabes que puedes ser deshonrada y calumniada. Por otra parte, hija mía, tú has tomado en serio lo que es una broma y yo puedo garantizarte la inocencia de tu marido. La señora Marneffe...

Hasta aquí el barón, como consumado diplomático, daba admirable forma á sus amonestaciones. Como se ha visto, había dorado la píldora antes de pronunciar el nombre de Marneffe; pero al oírlo, Hortensia hizo un gesto propio de una persona herida en lo más vivo.

—Escúchame, que yo tengo experiencia y lo he observado todo—repuso el padre impidiendo que su hija hablase.—Esa dama trata á tu marido con mucha frialdad. Sí, tú has sido objeto de un engaño y yo voy á darte las pruebas. Mira, Wenceslao estaba ayer comiendo...

—¡Cómo! ¿comía allí ayer?—exclamó la joven irguiéndose y mirando á su padre con el horror pintado en el semblante.

—¡Ayer, después de haber leído mi carta! ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Por qué no he entrado en un convento en lugar de casarme? Hoy la vida ya no me pertenece, porque tengo un hijo—añadió sollozando.

Estas lágrimas llegaron al alma á la señora Hulot, la cual salió de su cuarto, corrió hacia su hija, la tomó en sus brazos y le hizo esas estúpidas preguntas que el dolor nos dicta en los primeros momentos.

—Ya tenemos las lágrimas—se decía el barón.—¡Qué lástima, cuando iba todo tan bien! ¿Qué hacer ahora con mujeres que lloran?

—Hija mía—dijo la baronesa á Hortensia,—escucha á tu padre, porque él te quiere.

—Vamos á ver, Hortensia, hijita mía, no llores, te pones demasiado fea—dijo el barón.—Vamos á ver, un poco de juicio. Vuélvete tranquilamente á tu casa, que yo te prometo que Wenceslao no volverá á poner más los pies en el hogar de esa mujer. Te pido este sacrificio, si es que puede llamarse sacrificio el hecho de perdonar á un marido á quien se quiere, la más ligera de las faltas. Te lo pido por mis canas, por el amor que tienes á tu madre. ¿Quieres llenar los últimos años de mi vida, de amargura y de pena?

Como una loca, Hortensia se arrojó á los pies de su padre de un modo tan desesperado, que sus cabellos se desataron. Y después, tendiéndole las manos con un gesto que dejaba

ver todo el dolor de su alma, le dijo:

—Padre mío, tome usted mi vida si la quiere, pero al menos tómela pura y sin mancha, que yo se la daré gustosa; pero no me pida que muera deshonrada. Yo no me parezco á mi madre, yo no puedo soportar ultrajes. Si vuelvo al hogar

conyugal, soy capaz de ahogar á Wenceslao en un momento de celos ó hacer alguna cosa peor. No exija usted de mí cosas que son superiores á mis fuerzas. Que no tenga que llorarme estando viva, y digo esto, porque lo menos que puede ocurrir es que me vuelva loca. ¡Siento á la locura á dos pasos de mi razón! ¡Ayer! ¡ayer comía en casa de esa mujer después de haber leído mi carta! ¿Son todos los hombres lo mismo? Le doy á usted mi vida, pero que mi muerte no sea ignominiosa. ¡Ligera su falta! ¿Tener un hijo de esa mujer!

—¡Un hijo!—dijo Hulot dando dos pasos atrás.—Vamos, eso debe ser una broma.

En este momento, Victorino y la prima Bel entraron y quedaron asombrados ante aquel espectáculo. La hija estaba prosternada á los pies de su padre. Y la baronesa, muda y animada por el doble sentimiento de madre y de esposa, enseñaba una cara descompuesta y llena de lágrimas.

—Isabel—dijo el barón cogiendo á la solterona por la mano y señalándole á Hortensia,—tú puedes venir en mi ayuda. Mi buena Hortensia no está buena de la cabeza y cree que su Wenceslao ama á la señora de Marneffe, cuando en realidad, lo único que ésta deseaba era tener un grupo suyo.

—Sí, ¡Dalila!—gritó la joven.—La única cosa que ha hecho en un momento desde que nos casamos. Ése señor no podía trabajar para mí ni para su hijo y ha trabajado para esa perdida con un ardor nunca visto. ¡Oh! acabe usted, padre mío, porque cada una de sus palabras es para mí una nueva puñalada en el corazón.

Dirigiéndose á la baronesa y á Victorino, Isabel se encogió de hombros é hizo un gesto de compasión, al mismo tiempo que señalaba al barón, el cual no la veía en aquel entonces.

—Escuche usted, primo mío—dijo Isabel.—Yo no sabía lo que era la señora de Marneffe cuando usted me rogó que fuese á vivir con ella y á dirigir su casa; pero en tres años se aprenden muchas cosas. Esa criatura está tan depravada que sólo puede ser comparada con su infame y horrible marido. Usted está siendo la burla de esas gentes que le llevarán más lejos de lo que usted se piensa, y yo he de hablarle claramente, porque lo veo al borde de un abismo.

Oyendo hablar de aquel modo á Isabel, la baronesa y su hija le dirigieron miradas semejantes á las que los devotos

dirigen á la Virgen después de haberles salvado la vida.

—Esa horrible mujer ha querido destruir el hogar de su yerno. ¿Con qué objeto? No lo sé, porque mi inteligencia es demasiado debil para que pueda ver claro en esas tenebrosas intrigas, tan perversas, innobles é infames. La señora Marneffe no ama á su yerno, pero lo quiere á sus pies por venganza. Acabo de tratar á esa miserable como se merece. Es una libertina impúdica y le he declarado que dejaba su casa porque no quería deshonorarme. Yo soy ante todo de mi familia. He sabido que mi primita había dejado á Wenceslao, y vengo. Su Valeria, á quien cree usted una santa, es la causa de esta separación. ¿Puedo yo permanecer en casa de semejante familia? Nuestra Hortensia—dijo tocando el hombro al barón de una manera significativa—es tal vez víctima del deseo de una de esas mujeres, que por tener una alhaja sacrificarían á una familia. Yo no creo culpable á Wenceslao, pero le creo débil y no digo que no sucumba ante tan refinada coquetería. Mi resolución está tomada. Esa mujer le es á usted funesta y le dejará sin camisa, y no quiero que se crea que tomo parte en la ruina de mi familia, yo que estoy allí hace tres años para impedirla. Primo mío, usted se ha engañado. Dígale que no gestionará usted el ascenso del señor Marneffe y ya verá lo que ocurre.

Isabel levantó á su primita y la abrazó apasionadamente, diciéndole al oído:

—Hortensia querida, sigue manteniéndote firme.

La baronesa abrazó á su prima Bel con el entusiasmo propio de una mujer que se ve vengada. La familia entera guardaba silencio ante su padre que era bastante listo para comprender lo que significaba aquel silencio. Una cólera formidable se pintó en su frente y en su rostro, todas sus venas se hincharon, y sus ojos y su tez se inyectaron en sangre.

Adelina se apresuró á arrojarle á sus pies, y tomándole las manos, le dijo:

—Amigo mío, amigo mío, perdón.

—¡Os soy odioso!—dijo el barón dejando escapar el grito de su conciencia.

Todos conocemos siempre nuestras culpas y suponemos en nuestras víctimas los sentimientos odiosos que la venganza debe inspirarles. A pesar de los esfuerzos de la hipocresía, nuestro lenguaje ó nuestro rostro confiesa en medio

de una tortura imprevista, como confesaba antaño el criminal entre las manos del verdugo.

—Nuestros hijos acaban por convertirse en nuestros enemigos.

—Padre mío...—dijo Victorino.

—No interrumpa usted á su padre—repuso el barón con formidable voz, mirando á su hijo.

—Escuche usted, padre mío—dijo Victorino con voz firme y serena, la voz de un diputado puritano;—conozco el respeto que le debo para no faltar nunca á él, y usted tendría siempre en mí, seguramente, un hijo sumiso y obediente.

Todos los que asisten á las sesiones del congreso conocen las costumbres de la lucha parlamentaria en estas frases con que suelen calmarse las irritaciones momentáneas para ganar tiempo.

—Estamos muy lejos de ser enemigos suyos—dijo Victorino.—Yo he reñido con mi suegro, el señor Crevel, á causa de los sesenta mil francos de letras de cambio de Vauvinet, y seguramente que ese dinero está en manos de la señora Marneffe. ¡Oh! no le critico á usted, padre mío—añadió al ver un gesto del barón,—pero quiero únicamente unir mis ruegos á los de la prima Isabel y advertirle que si mi abnegación por usted es ciega y sin límites, padre mío, desgraciadamente nuestros recursos pecuniarios son limitados.

—¡Dinero!—dijo cayendo sobre una silla el apasionado anciano, aplastado ante aquel razonamiento.—¡Y es mi hijo el que me lo dice! Se le devolverá á usted, señor mío—añadió levantándose y encaminándose hacia la puerta.

—¡Héctor!

Este grito hizo volver al barón, el cual mostró á su mujer un rostro inundado por las lágrimas.

—No te vayas de ese modo—dijo Adelina abrazándose á él.—No nos dejes así, yo no te he dicho nada.

Al oír este grito sublime, los hijos se arrojaron á los pies de su padre.

—Todos le queremos á usted—dijo Hortensia.

Isabel, inmóvil como una estatua, observaba aquel grupo con una sonrisa en los labios. En este momento el mariscal Hulot entró en la antesala, y la familia, al oír su voz, comprendió la importancia del secreto y cambió de pronto su aspecto. Los dos hijos se levantaron y todo el mundo procuró ocultar su emoción.

En aquel mismo instante, se originaba también una disputa á la puerta entre Marieta y un soldado que decía tener tanta prisa, que la cocinera entró en el salón diciendo:

—Señor, un furriel del regimiento que viene de Argel, quiere hablarle á usted á toda costa.

—Que espere.

—Señor—dijo Marieta al oído á su amo,—me ha encargado que le dijese en voz baja que se trataba de su señor tío.

El barón tembló, creyó que le enviaban los fondos que había pedido secretamente hacia dos meses para pagar sus letras de cambio, y dejando á su familia, corrió á la antesala.

—¿Es el señor barón Hulot?—le dijo un tipo alsaciano.

—Sí.

—¿En persona?

—En persona.

El furriel, que llevaba la mano en el bolsillo interior de su guerrera, sacó una carta y se la entregó al barón, el cual leyó lo siguiente:

«Sobrino mío: Lejos de poder enviar los cien mil francos que me pide, mi posición es insoportable, si no toma usted medidas enérgicas para salvarme. Tenemos encima un fiscal que habla de moral y que nos molesta continuamente, sin que haya medio de hacerle callar. Si el Ministerio de la Guerra permite que fiscalicen nuestros actos los magistrados, estoy perdido. Estoy seguro del portador, y le ruego que procure recompensarlo, porque nos ha prestado buenos servicios.»

Esta carta le hizo el efecto de un rayo al barón, el cual adivinaba ya las luchas intestinas que habían de surgir en el gobierno de Argel entre el elemento civil y el militar y, procuraba buscar algún paliativo para curar la llaga que se declaraba. Le dijo al soldado que volviese al día siguiente, después de prometerle una buena recompensa, y se dirigió al salón.

—Buenos días y adiós, hermano mío—le dijo el mariscal.

—Adiós, hijos míos; adiós, mi buena Adelina. Y ¿qué va á ser de ti, Isabel?

—Yo voy á encargarme de la casa del mariscal, pues veo que estoy llamada á prestaros siempre servicios á los unos ó á los otros.

—No dejes á Valeria hasta que yo te haya visto—dijo Hulot al oído á su prima.—Adiós Hortensia, mi pequeña insubordinada, procura ser muy razonable y ya continuaremos la cuestión de tu reconciliación, cuando yo arregle ciertos asuntos graves que traigo entre manos.

Dió muestras el barón de tal turbación al abandonar á su mujer y á sus hijos, que éstos se quedaron sumamente intranquilos.

—Isabel—dijo la baronesa—es preciso saber lo que tiene Héctor, porque nunca le he visto en ese estado. Quédate dos ó tres días más en casa de esa mujer, porque á ella se lo dice todo, y así podremos saber lo que le ocurre. No tengas cuidado, ya me cuidaré yo de arreglar tu matrimonio con el mariscal, matrimonio que es hoy más necesario que nunca.

—Nunca olvidaré el valor que has tenido esta mañana—dijo Hortensia á Isabel abrazándola.

El mariscal observaba con curiosidad los testimonios de afecto que prodigaban á Isabel, la cual se fué en seguida á contarle esta escena á Valeria.

Esta descripción permite á las almas inocentes adivinar los diferentes estragos que las señoras Marneffe producen en las familias y los medios que tienen de herir á pobres mujeres virtuosas tan lejos de ellas en apariencia. Pero si se quiere transportar con el pensamiento estos disgustos al piso superior de la sociedad, á las gradas del trono, viendo lo que deben haber costado las queridas de los reyes, se adivina la extensión de las obligaciones del pueblo para con sus soberanos, cuando éstos dan ejemplo de buenas costumbres y de vida moderada.

CAPÍTULO XXVI

Requerimiento sin costas y con gastos

En París cada Ministerio es una pequeña villa de la que están desterradas las mujeres; sin embargo, hay en ellos chismes y cuentos como si estuviesen ocupados por la población femenina. Hacia tres años que la posición del señor Marneffe era conocida y se preguntaban en las oficinas:—¿Será ó no

será el señor Marneffe sucesor del señor Coquet?—del mismo modo que en la cámara se preguntaban poco antes:—¿Pasará á la dotación ó no pasará?—Se observaban los menores movimientos en la dirección del personal, y se escudriñaba todo en la división del señor Hulot. El astuto Consejero de Estado había procurado atraerse á la víctima de la promoción de Marneffe, hombre trabajador y hábil, diciéndole que si quería hacer el trabajo de Marneffe, sería infaliblemente su sucesor, cosa que no estaba larga, á causa de la escasa salud que tenía Marneffe.

Cuando Hulot atravesó el salón de audiencia lleno de visitantes, vió en un rincón la cara lívida de Marneffe y se apresuró á recibirle primero que á nadie.

—¿Qué tiene usted que pedirme?—dijo el barón ocultando su inquietud.

—Señor director, se burlan de mí en las oficinas, porque se acaba de saber que el señor director del personal se ha ido esta mañana con licencia por razón de salud y su viaje durará próximamente un mes. Esperar un mes ya se sabe lo que quiere decir. Usted me hace ser la risa de mis enemigos, y me parece que basta que le critiquen á uno por un lado, porque siendo por dos, la caja podría reventar.

—Mi querido Marneffe, todo se logra con paciencia. De ser posible, hasta dentro de dos meses no podrá usted ser jefe de negociado. Yo no puedo pedir un ascenso escandaloso en el momento preciso en que tengo que consolidar mi posición.

—Si usted se va, yo no seré nunca jefe de negociado—dijo el señor Marneffe.—Con que así haga que me nombren, que nada perderá con ello.

—¿De modo que he de sacrificarme por usted?—preguntó el barón.

—Si no fuese así, perdería usted mucho en mi concepto.

—Es usted demasiado Marneffe, señor Marneffe—dijo el barón levantándose y señalándole la puerta á su subalterno.

—Tengo el honor de saludaros, señor barón—respondió humildemente Marneffe.

—¿Qué infame pillastre!—se dijo el barón.—Esto se parece bastante á un requerimiento de pago antes de las veinticuatro horas, so pena de expropiación.

Dos horas después, en el momento en que el barón acababa de instruir á Claudio Vignon, á quien quería enviar al

Ministerio de Justicia para tomar informes acerca de las autoridades judiciales que entendían en el asunto de Johan Fischer, Reina abrió el despacho del señor director, y fué á entregarle una cartita que esperaba respuesta.

—¡Enviar á Reina!—se dijo el barón.—Valeria está loca, nos compromete á todos, y compromete el nombramiento de ese abominable Marneffe.

Acto continuo, despidió al secretario particular del Ministro y leyó lo que sigue:

«¡Ah! amigo mío, ¡qué escena acabo de sufrir! si me has procurado la dicha estos tres años, bien cara te la pago. Marneffe ha vuelto de la oficina en un estado tal de furor, que me ha hecho temblar. Yo sabía que era muy feo, pero no lo creía monstruoso. Sus cuatro dientes verdaderos temblaban y me ha amenazado con su odiosa compañía, si continuaba recibéndote. ¡Ay de mí! gatito mío, nuestra puerta estará cerrada para ti en lo sucesivo. Ya ves mis lágrimas que caen sobre el papel y que lo empapan. ¡Podrás leer esta carta, mi querido Héctor? ¡Ah! ¡no verte más! ¡renunciar á ti cuando me has dado un poco de tu vida, como me diste tu corazón, es morir! Piensa en nuestro pequeño Héctor, no me abandones, pero no te deshonres tampoco por Marneffe, no cedas á sus amenazas. ¡Ah! te amo como no he amado nunca. Me he acordado de todos los sacrificios hechos por tu Valeria y ésta no te es ni te será nunca ingrata; tú eres y tú serás mi único marido. No pienses ya en los mil doscientos francos de renta que te pido para nuestro pequeño Héctor que vendrá dentro de algunos meses. Yo no quiero costarte nada. Por otra parte, mi fortuna será siempre tuya.

¡Ah! Héctor mío, si tú me amases como yo te amo, pedirías el retiro, dejaríamos aquí á nuestras familias y nos iríamos á vivir con Isabel á algún bonito país, á Bretaña ó á donde tú quisieras. Allí no veríamos á nadie y seríamos felices lejos de todo este mundo. Tu retiro y lo poco que yo tengo á mi nombre nos bastará. Tú que te vuelves celoso, verías á tu Valeria ocupada únicamente con su Héctor, y no tendrías que enfadarte como el otro día. No tendré nunca más que un hijo y ese será el nuestro. No tengas duda de ello, amado mío. No, tú no puedes figurarte mi rabia, porque es preciso saber cómo me ha tratado y las groserías que ha soltado contra tu Valeria. Sus palabras ensuciarían este

papel, y una mujer como yo, la hija de Montcornet, no debía haberlas oído nunca. ¡Oh! yo hubiera querido que hubieses estado aquí para castigarle con el espectáculo de la pasión insensata que por ti siento. Mi padre hubiese dado de palos á ese miserable, pero yo sólo puedo hacer lo que puede una mujer: ¡amarte con frenesí! Amor mío, en el estado de desesperación en que me encuentro me es imposible renunciar á verte. Sí, quiero verte en secreto todos los días. Nosotras las mujeres somos así: yo me adhiero á tu modo de pensar. Por favor, si me amas, no le hagas jefe de negociado, déjalo que reviente siendo subjefo. En este momento no tengo buena la cabeza, pues aun me parece oír sus injurias. Bel, que quería dejarme, se ha apiadado de mí y se queda algunos días.

Querido mío, no sé aún qué hacer. No veo más que la tumba. Siempre me ha gustado el campo, conque así vayámonos á Bretaña, á Languedoc, ó donde más quieras, con tal que pueda amarte en libertad. ¡Pobre gato! ¡cómo te compadezco! Hete ya obligado á volverte con tu vieja Adelina, á aquella urna lagrimal, pues el monstruo ha debido decirte que me velará noche y día, y llegó hasta á nombrar á la policía. No vengas, pues, porque desde el momento en que hacía conmigo la más innoble de las especulaciones, le creo capaz de todo. Quisiera poder devolvarte todo lo que debo á tus generosidades. ¡Ah! mi buen Héctor, yo habré podido coque-tear y te habré parecido ligera, pero tú no conocías á tu Valeria, que te ama con locura y que te prefiere á todo el mundo. No te pueden impedir que vengas á ver á tu prima y yo voy á combinar con ella el medio de hablarnos. Gatito mío, á falta de tu querida presencia, escíbeme por favor cuatro letras para tranquilizarme... ¡Oh! daría una mano por tenerte en mi diván. Una carta tuya me hará el efecto de un talismán; escíbeme algo que encierre toda tu alma hermosa. Como no sabría dónde esconderla, te devolveré la carta, pues él lo registra todo y es preciso ser prudente. En fin, tranquiliza á tu Valeria, á tu mujer, á la madre de tu hijo. ¡Estar obligada á escribirte, yo, que te veía todos los días! Ahora le digo á veces á Isabel: «Yo no conocía mi dicha.» Mil caricias, gatito mío. Quiere mucho á tu

VALERIA.»

—Y hay lágrimas—se dijo Hulot al acabar la carta,—lágrimas que hacen ilegible su nombre. ¿Qué tal está?—le dijo á Reina.

—La señora está en la cama y tiene convulsiones—le respondió Reina.—Después de haber escrito, le ha dado un ataque de nervios terrible. ¡Oh! es de haber llorado... Se oía la voz del señor en la escalera.

En medio de su turbación, el barón escribió la siguiente carta en un papel con membrete oficial:

«No tengas cuidado, ángel mío, que reventará siendo sub-jefe. Tu idea es excelente. Nos iremos á vivir lejos de París, seremos felices con nuestro pequeño Héctor, yo pediré mi retiro y ya encontraré algún buen destino en ferrocarriles. ¡Ah! amiga querida, con tu carta me siento rejuvenecido. Empezaré vida nueva, y ya lo verás, le legaré una fortuna á nuestro pequeñuelo. Leyendo tu carta, mil veces más ardiente que las de la Nueva Eloísa, he visto realizarse un milagro: yo no creía que mi amor pudiese aumentar. Esta noche verás en casa de Isabel al que será tuyo para siempre,

HÉCTOR.»

Reina se llevó esta respuesta, que era la primera carta que el barón escribía á su *amable amiga*. Semejantes emociones formaban un contrapeso á los desórdenes que se cernían en el horizonte; pero en aquel momento, el barón, creyendo estar seguro de parar los golpes dirigidos á su tío Johán Fischer, sólo se preocupaba ya del déficit.

Una de las particularidades del carácter del bonapartista, es la fe en el poder del sable, la certidumbre de la preeminencia de lo militar sobre lo civil. Hulot se burlaba del fiscal de Argel, donde reina el ministro de la Guerra. El hombre sigue siendo lo que ha sido. ¿Cómo pueden haber olvidado los oficiales de la guardia imperial á los alcaldes de las buenas villas del Imperio y á los prefectos del Emperador, que iban á recibir á la guardia imperial, á despedirla al límite de sus distritos y á hacerla, en fin, honores soberanos?

A las cuatro y media, el barón se encaminó á casa de la señora Marneffe, y, al subir la escalera, el corazón le latía como á un joven, pues se hacía mentalmente esta pregunta:

—¿La veré? ¿no la veré?

¿Cómo había de acordarse de la escena de la mañana, en

que su familia toda yacía á sus pies llorando? La carta de Valeria, guardada sobre su corazón en una elegante cartera, ¿no le probaba que era más amado que el más amado de los jóvenes? Después de haber llamado, el infortunado barón oyó el paso y la execrable tos del inválido Marneffe, el cual abrió la puerta para ponerse grave é indicar á Hulot la escalera mediante un gesto enteramente semejante á aquel que había empleado Hulot para enseñarle la puerta de su despacho.

—Es usted demasiado Hulot, señor Hulot—le dijo.

El barón quiso pasar, pero Marneffe sacó una pistola y levantó el gatillo.

—Señor consejero de estado, cuando un hombre es tan vil como yo, porque usted me cree muy vil, ¿verdad? sería el último de los bandidos si no supiese sacar todos los beneficios de su honor vendido. Ya que quiere usted guerra, no vuelva más y no intente pasar, porque he avisado al comisario de policía explicándole mi situación con usted.

Y aprovechándose de la estupefacción de Hulot, lo empujó hacia fuera y cerró la puerta.

—¡Qué consumado bandido!—se dijo Hulot encaminándose al piso de Isabel.—¡Oh! ahora comprendo la carta. Valeria y yo nos iremos de París. Valeria es mía para el resto de mis días, y ella me cerrará los ojos.

Isabel no estaba en su casa. La señora Olivier comunicó á Hulot que su prima había ido á casa de la baronesa esperando encontrar allí al señor barón.

—¡Pobre muchacha! nunca la hubiera creído tan astuta como lo ha sido esta mañana—se dijo el barón recordando la conducta de Isabel al mismo tiempo que emprendía el camino desde la calle de Vanneau á la de Plumet.

Al salir de la calle de Vanneau para entrar en la de Babilonia, el barón dirigió una mirada al edén de donde el esposo le desterraba con la espada de la ley en la mano. Valeria, asomada á la ventana, seguía á Hulot con los ojos, y cuando éste levantó la cabeza, ella agitó su pañuelo; pero el infame Marneffe dió un cachete á su mujer y la obligó á dejar la ventana. Entonces una lágrima acudió á los ojos del Consejero de Estado, el cual se dijo:

—¡Ser amado de este modo, ver que maltratan á una mujer y estar próximo á cumplir setenta años!

Isabel había ido á anunciar á la familia la buena nueva.

Adelina y Hortensia sabían ya que el barón, no queriendo deshonrarse á los ojos de todos sus compañeros nombrando á Marneffe jefe de negociado, sería despedido por este marido convertido en un hulotfobo. La feliz Adelina había encargado una buena comida para que Héctor la encontrase mejor que en casa de Valeria, y la adicta Isabel ayudó á Marieta á obtener este difícil resultado. La prima Bel había pasado al estado de ídolo. La madre y la hija le besaban las manos y le habían comunicado con gran alegría que el mariscal consentía en que fuese su ama de llaves.

—Querida mía, de aquí á ser su mujer no hay más que un paso—le había dicho Adelina.

—En fin, cuando Victorino le habló de ello, él no dijo que no—añadió la condesa de Steimbock.

El barón fué acogido por su familia con testimonios de afecto tan conmovedores y tan llenos de amor, que se vió obligado á disimular su pena. El mariscal fué á comer con ellos. Después de comer, Hulot no salió; Victorino y su mujer se presentaron y se jugó al *whist*.

—Héctor, hacía mucho tiempo que no nos dedicabas la velada—dijo gravemente el mariscal.

Esta frase del veterano, que mimaba á su hermano y le vituperaba implícitamente de este modo, causó una impresión profunda. A las ocho, el barón quiso acompañar á Isabel, prometiendo volver, y una vez en la calle con ella, le dijo:

—Oye, Isabel, ¿sabes que la maltrata? ¡Ah! nunca la he querido tanto.

—¡Ah! yo no hubiera creído que Valeria le quisiese como le quiere—respondió Isabel.—Es ligera, es coqueta, le gusta verse cortejada; pero usted es su único amor.

—¿Y qué te ha dicho para mí?

—Ya sabe usted—repuso Isabel—que ella ha tenido ciertas bondades con Crevel, cosa que no hay que echarle en cara, porque Crevel la ha librado de la miseria para el resto de sus días; pero en realidad le detesta y mé parece que ya ha acabado con él. Ahora bien, Valeria ha conservado la llave de una habitación.

—¿De la calle del Delfín?—exclamó el afortunado Hulot.

—Sí, ya he ido, ya sé.

—Aquí tiene usted la llave—dijo Isabel,—mande usted que le hagan mañana mismo una igual, ó dos si es posible.

—¿Y qué más?—dijo ávidamente Hulot.

—Yo vendré á comer mañana con ustedes, usted me devolverá la llave de Valeria (pues el padre Crevel podría pedir-sela) y pasado mañana acude usted al punto de la cita para ponerse de acuerdo. Estarán ustedes en completa seguridad porque tiene dos salidas. Si Crevel que, como él dice, tiene costumbres de regencia, entrase por el pasillo, saldrá usted por la tienda, y viceversa. ¿Qué le parece á usted, viejo pillo? Es á mí á quien le debe todo esto. ¿Qué hará usted por mí?

—Lo que tú quieras.

—Bueno, no se oponga á mi matrimonio con su hermano.

—¡Tú, mariscala Hulot! ¡tú, condesa de Forzheim!—exclamó Héctor sorprendido.

—Bien es baronesa Adelina—respondió Bel con tono agrio y formidable.—Escuche usted, viejo libertino, ya sabe cómo están sus asuntos, y su familia puede verse mañana sin pan y sin hogar.

—Ese es mi temor—dijo Hulot azorado.

—Si su hermano muere, ¿quién sostendrá á su mujer y á su hija? A la mujer de un mariscal de Francia le deben corresponder, lo menos, seis mil francos de retiro, ¿verdad? Pues bien, viejo insensato, yo me caso para asegurar el pan de su mujer y de su hija.

—No me había fijado en eso—dijo el barón.—Ya le predicaré á mi hermano, porque de ti estamos seguros... Dile á mi ángel que mi vida es suya.

Y el barón, después de haber visto entrar á Isabel en la calle de Vanneau, se volvió á su casa á hacer el *wisht*. La baronesa estaba loca de alegría, porque hacía unos quince días que el barón parecía vuelto á la vida de familia, toda vez que se iba á la oficina á las nueve de la mañana, estaba de vuelta á las seis de la tarde para comer, pasaba la noche con su familia y llevó dos veces al teatro á Adelina y á Hortensia. La madre y la hija mandaron decir tres misas en acción de gracias y rogaron á Dios que les conservase el marido y el padre que les había devuelto.